

EL SOMBRERON

Adrián Palomeque García/Taller de cuento

Me metiste el miedo Señor del mal. Noche a noche te acercabas con tus movimientos quedos de gato negro, lo hacías despacito, envuelto de oscuridad. Entre tus manos traías el rosario de esferitas blancas y frías como de luna llena, eran bolitas de temor que colgabas de mi cuello y caían junto a mi corazón, pelotitas de hielo seco que poco a poco se convertían en humo blanco hasta quemar mi pecho de frío, hasta robarme el calor guardado por años, humo que se deslizaba hacia dentro para prenderme el miedo en el alma. El Señor del mal anda buscándome.

Me colgué la cruz de plata bendita, la que brilla, la que protege. Crucecita y el tiempo suave y quedo fueron dándome su luz, fueron llenándome el pecho de estrellas que caían en mi corazón. No quería el temor de hielo seco que se deslizaba dentro de mí; estaba lleno de fuerza que me habían regalado las estrellitas. Miré al miedo durante un gran rato, nos estuvimos midiendo, pesando lo que podía mi brillo, lo que hizo el temor, calándonos en lo profundo. El miedo corrió, salió de mi alma. Sombrerón, Señor del mal, andabas rondando, juzgando lo que pasaba y no quedaste contento: mira que te voy a mandar al cadejo, mira que se te meterá la llorona en tu cabeza. Ya no tengo el cus-cus; el miedo huyó. Ando peleando con el Señor del mal.

Me agarraste el sueño Sombrerón. Mis ojos cerrados y dormidos te veían cabalgando por la vereda arcillosa, la mano en la rienda llena de anillos de plata con figuras de cabeza de perro, el sombrero negro bordado en azogue con rostros de mujer gritando. Plata y azogue cegando mis pupilas de sueño, niebla plateada que nacía de soles blancos: todo ahogado, todito perdido, sin nombre de tanta blancura. Y no más brillantez, la puritita oscuridad, lo negro de no sé donde estoy, lo negro de no puedo decir nada, lo negro que no ha sido nombrado. En mis oídos suena que suena cascos de caballo, ritmo de trote que crece y crece hasta hacerse truenos; y no más golpes en oídos: el silencio, el puritito sin sonido, lo callado profundo. Mi piel transparente, arrugada como celofán; me veía por dentro: corazón rojo, sangre morada. Hasta que ya no quiero sueño, mejor me despierto, me levanto y salgo, camino por la vereda: huellas en arcilla, huellas de casco, tus huellas; ceiba quemada, ceiba caída, ceiba bajo los rayos; hojas que toman ruido de caballo en trote, hojas de trueno; luna de luz azogada, luna de celofán. Todo se ve por dentro.



Mire padrecito Román que llegó el del sombrero negro: me metió el miedo pero huyó, me tomó el sueño. El Señor del mal quiere mi rancho, mis animales, mi alma. No, no, padrecito, se necesitan más que misas para ahuyentarlo, hay que recibirlo con fuerza bendita, hay que acabarlo con lo sagrado. Bueno, si usted insiste, pero para mí que no funciona; le doy el dinero para las tres misas cantadas, rece con fe que yo también lo haré por mi cuenta. Déme las cruces de palma bendita.

Supe que vendría, llegó a mi cabeza, se apareció, lo vi clarito: el cadejo. Perro de la cadena atada al cuello, perro negro, el de los ojos amarillos y dientes de marfil. No se le oye, está casado con la quietud, se mueve como el aire. Al amanecer mis animales estaban mordidos y golpeados, ni uno quedó sano; las siembras se secaron, perdieron su color verde; donde pisa el cadejo roba la savia, todo queda amarillo. Me quedé esperándolo en el potrero, velándolo con las palmas benditas en la mano. Por la vereda llegó, entre la oscuridad vi dos puntitos como llamas de vela que se iban acercando, le dejé venir: acércate cadejo, arrímate, más, no tengas miedo, sólo tengo crucecitas. Me fui sobre él con las palmas por delante, nada más quería tocarlo, que sintiera la cruz bendita. Olió lo hecho por Dios y salió corriendo. Lo perseguí. Toda la noche anduve tras él siguiéndole sus huellas; conforme iba aclarando las pisadas eran menos profundas, como que la tierra se las tragaba; al salir el sol ya no se veía nada, todo había desaparecido. Al cadejo lo mandó el Sombrerón.

Ya ve padre Román, no funciona: el Sombrerón me agarró el sueño, el cadejo huyó. No, padrecito; el mal anda rondando cerquita, se mueve como el aire, quiere meterse, como quien respira y ya. El mal echa raíces, va crece y crece hasta que se oyen cascos de caballos que golpean la cabeza, hasta que muerde por dentro con colmillos de marfil, hasta que se escuchan gritos de mujer como de carreta oxidada. Así es el mal, padre Román, así viene y así se queda.



Enfrentito de mí andaba la Llorona, se fue pegando a mis párpados, llegó arrancándome las niñas de los ojos, las fue vaciando, las llenó de mujer, de Llorona. Señora del manto negro, de los cabellos gruesos, la de las uñas largas, la que grita como grillo ahorcado por falta de aire limpio. La Llorona mató a sus hijos, los ahogó, se fue con el Sombrerón, perdió su alma. Mujer que concibe el mal, que pare el desamor, alimenta la desesperanza. Te conozco Señora, quieres tomarme mi amor, dejarme vacío; mira la cruz de palma, mira la cruz de plata: nada huye, todo queda, Llorona; no quieres salir, te arraigaste. Señora.

Aquí te estoy esperando Sombrerón, Señor del Mal. Frente a la ventana de mi rancho te aguardo lleno de fuerza bendita, de poder sagrado. Aquí estoy: quieto, callado, como puma vigilo entre la oscuridad; el rifle que grita, bendito, brillante, te espero. Mis ojos no se desprenden de la vereda, se fijan como clavos en muros. Por allá, entre la arboleda, vendrás, te veré, sentirás el peso de lo sagrado sobre tu pecho, te aguardo. Aparécete, déjate ver tantito, Sombrerón; te llenaré de muerte sagrada. Espero.

Señor del mal, voy a apagar tus ojos de luciérnaga roja para que ya no mates lo que va a nacer, te voy a cobrar las miradas que echaste sobre mis vaquitas: la piñata, la confeti, mi nube, las que iban a parir, pero nada. Me dejaste puras tierras sin frutos, lo verde huyó para que llegara lo amarillo, las semillas se quedaron huecas. Voy a tomar tu alma negra Sombrerón. Entre mis manos tengo el rifle con la imagen de San Jorge grabada en la culata, las balas están benditas por el padre Román, mis armas se llenaron de bien. Aparécete que esta noche te recibo con fiesta sagrada.

La noche es noche de espera y silencio: los animales en los potreros no mugen, los grillos perdieron sus gargantas, no hay canto de hojas movidas por el viento; toda la vida se escondió para que brotara la quietud. Noche de luz de plata, noche de estrellas que iluminan la vereda, noche de muerte blanca. Espero.